**Clase magistral de cómo castigar a una afición.**

Dr. en C. S. Alejandro García Guerrero

Julio 4 de 2014

Pedro Proença es un asesor financiero portugués que ascendió en la carrera arbitral de la FIFA muy rápido, meteóricamente, gracias a que aplicó sus conocimientos sobre racionalismo económico a su desempeño en el fútbol. Como todo profesional en ascenso tuvo que tomar decisiones difíciles para llegar a la cima. Llegó al Mundial de Brasil 2014 luego de sendas actuaciones en la Champions y la Eurocopa por lo que requería consagrarse con una actuación digna, no para la justicia en la cancha sino para las autoridades de la FIFA y la mayoría de la gente que gusta de ver el Mundial.

La oportunidad de convencer a la FIFA de que era un árbitro capaz en situaciones clave se la dio a Proença el partido Holanda contra México de los octavos de final. Dicho partido era como cualquiera, salvo por una situación penosa para las autoridades de la FIFA (y de muchos aficionados a nivel global): la porra mexicana gritaba un insulto homofóbico a los porteros contrarios cuando despejaban el balón (ver Apéndice abajo). Eso llamó la atención de los especialistas y resultó en un llamado a la FIFA para tomar medidas y castigar a los aficionados mexicanos por su conducta. Las reglas de la FIFA marcan 7 partidos como castigo a los equipos, estadios y aficiones que manifiesten conductas racistas, discriminatorias o violentas.

La FIFA decidió, después del partido México-Brasil, que no había conducta que castigar en la afición mexicana luego de que los directivos de la Femexfut argumentaron que se trataba de un festejo “sin tintes homófóbicos,” pues “No son agresiones físicas, no lo consideramos nosotros como una agresión verbal […] Hay insultos peores en los estadios” (González Iñárritu directivo de Femexfut). La respuesta de la FIFA dejó boquiabiertos incluso a los mexicanos sabedores del significado real del insulto, pues señaló que el grito “no es considerado insultante en ese contexto específico” por lo que no sancionó a México por “conducta inapropiada.”

Los árbitros también quedaron boquiabiertos y Proença, contrario a lo que ve el aficionado o árbitro común, calculó los beneficios de pitar contra México en el partido que este equipo disputaría contra Holanda y para el cual él había sido designado ¿O es que acaso la FIFA lo designó a sabiendas de sus capacidades de racionalista económico? Como no sabremos si las autoridades de la FIFA aleccionaron al árbitro para castigar a México en la cancha -lo cual por otro lado no es nada difícil dado que en el ejercicio del arbitraje son comunes las marcaciones polémicas-, lo más coherente es entender que se aplicó una decisión polémica que afectó a la selección mexicana con el preciso objetivo de dejarla fuera de la competencia. Pero tal medida arbitral no fue producto de los principios morales de Proença, sino de sus claras intenciones de ascenso en la pirámide laboral de los árbitros de FIFA.

No deberíamos descartar tan pronto los valores morales de un árbitro, pero hoy las groserías son tan comunes en la cancha de futbol que los árbitros no las castigan como hace 30 años. Si los insultos vienen de la porra pueden ser motivo de malestar del árbitro y generar marcaciones contra el equipo cuya afición es más quejosa. A veces ambas aficiones son quejosas y eso permite al árbitro mayor margen de maniobra imparcial, el árbitro suele marcar de manera deficiente para ambos equipos. En el caso de Proença la porra ya estaba castigada desde antes del partido, sólo era cuestión de esperar al segundo tiempo y cerca del final para asestar un duro golpe a la afición mexicana y una alegría mayúscula a los que gustan de justas deportivas sin insultos, que son mayoría en el mundo.

El cálculo de Pedro Proença no fue erróneo, hoy sufre la afición mexicana pero no el resto de las aficiones –salvo la uruguaya-. El caso del jugador uruguayo Luis Suárez fue el botón de muestra para Proença de que la FIFA resuelve más fácilmente en la cancha los problemas que poniendo sanciones desde las oficinas. Esto sólo nos lleva a la conclusión de que Pedro Proença tenía como destino ser rico, tanto en el fut como en las finanzas, pero ahora es rico y famoso.

|  |
| --- |
| Apéndice.  ***El Contexto local***  En Guadalajara, donde se fundó una de las ideas básicas de la nacionalidad mexicana, el charro cantor, sucede un fenómeno que explica claramente el carácter de las barras futboleras mexicanas. Por sus definiciones, el charro cantor viene a ser el arquetipo del macho valiente (“bragado” como se decía en las películas de la Epoca de Oro), se mantiene como fuente de inspiración lógica en ciertos sectores de la población que guarda los principios patriarcales. Esa sociedad decadente se aferra al mito de ese pseudo-mariachi, pseudo-actor y pseudo-charro repitiendo patrones que colocan a hombres y mujeres en su lugar “natural”. Tal apego inconsciente y consciente se enfrenta gravemente dolido contra un movimiento social nuevo, nacido en los setentas y vitalizado en los 90’s, gracias al reconocimiento de la ONU de que la homosexualidad no era una enfermedad: el movimiento gay.  La zona metropolitana de Guadalajara vive cada verano la marcha del orgullo lésbico, gay, trangénero, bisexual y queer como una fiesta popular, velada sólo por el oscurantismo de los medios tradicionales de información. Muchos tapatíos no se enteran, no quieren enterarse y “tapan el sol con un dedo.” No hay remedio a los procesos sociales, la rueda de la historia nunca gira hacia atrás. Aunque hoy el papa ya no sabe cómo argumentar para señalar que la iglesia no puede discriminar y marginar a los homosexuales, eso confunde más a los homofóbicos, los cuales no tienen más remedio que expresar como pueden su situación desesperante.  La situación de crisis de la homofobia local tiene su expresión fehaciente. El mayor invento internacional de los tapatíos surgió en los últimos 15 años: la porra del equipo Atlas de Guadalajara grita ante el despeje del portero la palabra más insultante a los gays: P-U-T-O. La expresión homofóbica por excelencia surge como grito de barra futbolera en una situación específica: el portero del Atlas, Oswaldo Sánchez, se va a un club muy odiado por los atlistas, el América, y por eso cada que lo enfrentaban le gritaban la famosa ofensa. Con el nuevo siglo el grito se volvió lugar común en los partidos del Atlas contra cualquier equipo. Lo interesante es que nunca fue recriminado o penalizado por autoridades deportivas ni gubernamentales.  El grito de la porra del Atlas se notó por primera vez en el Mundial de Alemania 2006, no tanto en Sudáfrica 2010 (por la sonoridad de las vuvuzelas) y causó polémica en Brasil 2014. |